

ATAÚDES PARA LOS MUERTOS, CEMENTERIOS PARA LOS VIVOS

Mariana Costa

Hemos aprendido a rezar a nuestros muertos, pero también hemos dejado muchas veces de lado a nuestros vivos. El Perú y el mundo hoy deben luchar contra el olvido de su gente, para así combatir la causante del fanático y destructor terrorismo.

Los espíritus no dejan nunca de divagar por las calles de Comala, ciudad de la novela *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, donde vivos y muertos conviven, siendo los últimos incapaces de dejar este mundo al haber sido olvidados por los primeros. Historias de almas que divagan

en un purgatorio eterno, que se vuelven inexistentes al no ser recordadas por nadie, insignificantes y atrapadas en el limbo entre este mundo y el de *más allá*, gritando silenciosamente en desesperación. Un pueblo entero condenado al olvido. La única voz parece ser el eco que repite: *ruega a Dios por nosotros, ruega a Dios por nosotros*. Un llamado desesperado a que los recuerden. Los muertos de Comala deben ser recordados por aquellos pocos vivos, para así conseguir su libertad.

Durante la guerra de Troya, Aquiles se enfrenta a su peor enemigo, Héctor, y acaba con

su vida. Su mayor venganza, sin embargo, no es la muerte en sí misma, sino el haber atado el cadáver del enemigo a su carroza, y pasearlo durante doce días, humillantemente, por la ciudad de Troya. No es la muerte de Héctor la que los Dioses no pueden aceptar, sino el impedimento de enterrar su cuerpo con dignidad, para que así su alma pueda dejar este mundo. Es tal el dolor que siente Príamo al no tener el cuerpo de su hijo para darle la ceremonia que se merece, que Aquiles, el propio causante de la muerte de Héctor, acaba por apiadarse de la tristeza del anciano y entrega el cadáver del difunto, permitiéndole así una muerte digna.

Para muchos, la forma de dejar este mundo es aún más importante que lo que hicimos en él. Una muerte honorable es el intrínseco deseo del hombre. Una insignificante, el más temible de sus miedos.

Tumbas llenas de ajuares que nos acompañen en el viaje de salida de este mundo. Rezos que invoquen nuestro nombre cuando hayamos desaparecido físicamente de aquí. Cantos, ritos, y arte para mantener la memoria de quienes murieron, han sido manifestaciones de toda cultura a lo largo de los siglos. La prueba de que todos somos finalmente iguales, la muerte, ha sido siempre motivo de tradiciones sociales. No ha habido civilización que no entierre a sus muertos, que no vea la importancia de mantener el recuerdo de quienes ya no están. Todos somos hombres y todos moriremos, sin embargo, serán aquellos que no pasen al olvido quienes morirán con la dignidad que nos corresponde a todos por igual.

En Agosto se cumplieron dos años de la publicación del informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación, organismo creado para acercarse a quienes fueron las víctimas del terrorismo en el Perú, y así poder recordarlas y traerles justicia. *La memoria sana y la justicia repara*, es el canto detrás de este informe. Identificar a los miles de desaparecidos y fallecidos,

darles a ellos y a sus familiares la justicia que en su momento les faltó. Sesenta y nueve mil doscientos ochenta peruanos fueron, de acuerdo a este informe, víctimas de una sociedad violenta y un conflicto sangriento. Dejaron atrás familia y amigos, vidas que hoy queremos recordar.

La Comisión de la Verdad ha luchado por crear un *museo de la memoria*, darle importancia a algo fundamental que muchos parecíamos haber olvidado: recordar con dignidad a cada uno de los miles de individuos que perdieron sus vidas en una guerra de la que muchos nunca quisieron ser parte. Revivir su memoria para poder comenzar una nueva historia. Como dijo Aristóteles, "Gracias a la memoria se da en los hombres lo que se llama experiencia". Si no fuera por ésta, pues, sería difícil saber cómo evitar cometer los mismos errores. Somos nuestra memoria. Si la dejamos de lado, corremos el riesgo también de olvidar quiénes somos. No podemos, entonces, permitir que dos décadas de dolor y sufrimiento pasen a almacenarse en algún rincón oscuro de nuestra memoria colectiva como país. Necesitamos traer a la superficie lo ocurrido, para comprenderlo, aceptarlo, hacer justicia y seguir avanzando sin nunca más tener que pasar por lo mismo.

Así pues, parte de la función principal de la Comisión Investigadora ha sido luchar por integrar a nuestra historia como nación la tragedia del terrorismo. Que no sea cada individuo que perdió un familiar el que cargue con su cruz, sino que el Perú como país cargue con una sola y mayor. A pesar del esfuerzo por alcanzar esta solidaridad, hasta qué punto se ha concretado la idea es aún cuestionable. Somos todavía una sociedad muy desunida como para crear memoria conjunta de un pasado que también se vivió de maneras distintas en cada rincón del país. Lima es un mundo aparte del Perú. Salomón Lerner, presidente de la comisión de la Verdad y Reconciliación el día de su entrega, afirmó: "no ha existido, siquiera, la memoria de lo ocurrido, lo que nos conduce a creer



que vivimos, todavía, en un país en el que la exclusión es tan absoluta que resulta posible que desaparezcan decenas de miles de ciudadanos sin que nadie en la sociedad integrada, en la sociedad de los no excluidos, tome nota de ello". Tristemente, es innegable que mientras que Sendero Luminoso desquebrajaba el ya débil *Perú profundo*, en Lima la historia se veía muy distinta, lejana, hasta increíble. Como lo describe tan precisamente Primitivo Quispe, un campesino Ayacuchano que dio su testimonio en una de las audiencias: "Entonces, mi pueblo era pues un pueblo, no sé... un pueblo ajeno dentro del Perú".

Un pueblo ajeno dentro del Perú. Un pueblo, al igual que Comala, atrapado en el olvido. Campesinos que nadie conoce ni recuerda, olvidados por el Estado, olvidados por sus compatriotas. La gran diferencia con el pueblo fantasma de *Pedro Páramo*, sin embargo, está en el pequeño detalle de que en estos pueblos *ajenos* en el interior del país, moran todavía los vivos. Almas que han sido olvidadas en vida. Cuerpos transparentes a los ojos del mundo. En el Perú, no sólo hemos fallado en recordar a muchos de nuestros muertos, sino también a muchísimos de nuestros vivos. Somos una nación donde más de la mitad de la población vive en condiciones de pobreza. El agua potable, la electricidad y el desagüe son realidades ajenas a más de un tercio de la población. La educación es miserable en la mayoría de nuestras regiones, y los servicios de salud escasos y deficientes para aquellos que no tienen dinero. Los derechos del niño, del anciano y de la mujer, claramente han pasado a un segundo plano. Cuando falta la comida, el trabajo infantil no se pone en duda. Cuando abunda la ignorancia, el maltrato de una mujer es sumisamente aceptado. Así pues, millones de peruanos han dejado de soñar con la posibilidad de una vida feliz. Poco a poco, cada vez

"GRACIAS A LA MEMORIA SE DA EN LOS HOMBRES LO QUE SE LLAMA EXPERIENCIA". SI NO FUERA POR ÉSTA, PUES, SERÍA DIFÍCIL SABER CÓMO EVITAR COMETER LOS MISMOS ERRORES.

más de nosotros hemos ido perdiendo la esperanza. La oda al extranjero es el plato de todos los días.

Sin embargo, la pobreza, la indiferencia y el olvido de millones de personas no es un fenómeno exclusivo del Perú. Hoy en día, en todo el mundo se viven las mismas desgracias. No sólo al interior de cada país, sino también en un plano global. Veamos el caso de un continente entero, África, sumido en la miseria y oscuridad al final del camino. La brecha entre ricos y pobres ha ido creciendo cada día más. El tiempo pasa y las nuevas tecnologías llegan a cambiar nuestras vidas. O tal vez *nuestras* es un término demasiado globalizador para definir un campo donde muchos de nosotros hemos quedado atrás. Somos un mundo de extremos cada vez más pronunciados. Las riquezas crecen abrumadoramente para algunos, y muy lentamente, si es que llegan a crecer, para otros más. Guerras económicas e ideológicas han hecho que olvidemos que todos somos seres humanos antes que nada. ¿Adónde quedaron la solidaridad, la empatía y el amor? ¿O es que acaso somos una especie incapaz de tales sentimientos? Muchos no podríamos vivir pensando que así es. Cada minuto sería intolerable, si nos resignamos a olvidar a los vivos. Si nos olvidamos de nosotros mismos, ¿entonces ya qué nos queda? Tal vez sólo la muerte, que bajo esta luz parece incluso más tentadora que la vida misma.

Actualmente, más de mil millones de personas en el mundo subsisten con menos de un dólar diario. Once millones de niños muer-

ren cada año, de estos más de seis millones mueren a causa de enfermedades totalmente prevenibles. Cada 3,6 segundos una persona muere de hambre. Lo que quiere decir que en una hora ya murieron mil, en un día son 24 mil seres humanos fallecidos por falta de alimento, la mayoría de ellos niños menores de cinco años en África. En todo el mundo, 114 millones de niños, es decir casi cuatro veces la población del Perú, no reciben siquiera educación básica. 1,3 billones de personas, más de un quinto de la población total del mundo, no tiene acceso a agua potable. Y si bien no todo es pobreza, la riqueza, claramente, no ha sido bien repartida. Sólo el 20% de la población de los países desarrollados consume el 86% de los bienes del mundo. En 1960, el 20% de la gente en los países más ricos tenía ingresos 30 veces mayores al 20% de los más pobres. Para 1997, la diferencia era de 74 veces más. El producto nacional bruto de los 48 países más pobres del mundo es menor a la riqueza de las tres personas más ricas del mundo junta. Le hemos dado la espalda a la humanidad. Hemos olvidado sus derechos como seres humanos, sus necesidades físicas y espirituales. Hemos cerrado las puertas a muchos que nunca tuvieron oportunidad de aprender cómo es que se abrían. Nos hemos apoyado en el recurso más frío e hiriente a nuestro alcance: la indiferencia.

En términos filosóficos, esta indiferencia se puede entender como el no-reconocimiento de las personas. Su contraparte, el reconocimiento, es un concepto que ha tomado cada vez más importancia en las últimas décadas, y en la filosofía política actual se podría decir que ha venido a reemplazar la noción de justicia. Ya en el siglo XVIII, para Kant el reconocimiento es lo que nos permite reconocer al otro como igual a uno mismo, por lo tanto respetar su libertad y así ser la base de la conciencia en sociedad y el fundamento de la moral. Más adelante, con Hegel, el concepto se dinamizó como una lucha por el reconocimiento, siendo ésta una batalla de vida por ser reconocidos como

iguales. Los conflictos sociales en el siglo XIX por la lucha por la democracia, que aún se ven hasta el día de hoy en países como el propio Perú, son un ejemplo de lucha por el reconocimiento.

A finales del siglo XX, con Habermas, el reconocimiento es entendido como el núcleo del estado de derecho democrático, porque sólo las condiciones simétricas de reconocimiento aseguran igual respeto a cada individuo. Hay que dejar en claro, sin embargo, que aceptar a todos como seres humanos iguales no quiere decir perder el respeto por las diferencias. No se trata de universalizar la identidad de cada uno, si no de aceptar nuestras particularidades sin por eso dejar de respetar la dignidad inalienable que todos tenemos como seres humanos.

En el Perú, el no-reconocimiento, es decir el maltrato, la falta de derechos, la exclusión, y la indiferencia, tristemente, son inseparables de nuestra historia. El racismo lo vivimos todos los días. El desprecio hacia lo *serrano* se expresa en todas partes, tanto así que el complejo de inferioridad de mucha gente proveniente del interior del país es ahora inalienable a ellos. Rostros sucios de niños invisibles en cada

EN TÉRMINOS FILOSÓFICOS, ESTA INDIFERENCIA SE PUEDE ENTENDER COMO EL NO-RECONOCIMIENTO DE LAS PERSONAS. SU CONTRAPARTE, EL RECONOCIMIENTO, ES UN CONCEPTO QUE HA TOMADO CADA VEZ MÁS IMPORTANCIA EN LAS ÚLTIMAS DÉCADAS



esquina. Comunidades enteras que pasan sus días sin siquiera las necesidades básicas para vivir, olvidadas por el mundo que las rodea, dejadas de lado por su propio país. La falta de educación se esparce por cada uno de nuestros departamentos; la terrible indiferencia de aquellos que sí pueden golpea cruelmente a quienes no. Miles de personas diariamente son invisibles, son faltas de toda justicia. Es precisamente en estos pueblos olvidados donde Sendero Luminoso ancló sus raíces. Para alguien que nunca fue escuchado por nadie, el discurso del grupo terrorista, dónde cada uno de los participantes sería un héroe de la lucha armada con la responsabilidad de pelear por la justicia social en todo un país, era casi un sueño. Sendero fue la posibilidad de ser Alguien para miles de sus integrantes. Ya no serás más un campesino insignificante que pasa sus días sembrando papa para subsistir. Ahora eres un guerrillero, armado, poderoso y con un compromiso con tu partido y tu país. Sendero llegó como una luz de esperanza para miles de peruanos que nunca vieron el sol.

Así pues, surge un círculo vicioso que va creciendo. La injusticia social y falta de solidaridad en nuestros días crea la tierra perfecta para sembrar el extremismo. Este rápidamente se cosecha, y surgen los Senderos Luminosos o Al Qaedas, que a su vez acaban con las vidas de los miles de inocentes que recordamos al comienzo de este artículo. Un Perú de diferencias cada vez más grandes, así como un mundo de injusticias cada vez más pronunciadas, es el terreno ideal para que nazca el terrorismo.

Como lo explica Margalit, filósofo israelí contemporáneo, "si se pierde el reconocimiento en esa dinámica de modernización, quién resulta ser un perdedor o corre el riesgo de serlo va a buscar el reconocimiento en otra parte. Queda claro: donde el reconocimiento desaparece, donde la pregunta "para quién soy yo valioso" no encuentra respuesta, no hay posibilidades de reconocer a otras personas ni de reconocer

normas sociales". ¿Por qué hemos olvidado, entonces, que el terrorismo, tanto nacional como global, no es más que el grito desesperado y violento de voces que nunca han sido oídas? No hay justificación alguna para lo que hizo Sendero Luminoso en el Perú, ni tampoco para la violencia con la que hoy Al Qaeda amenaza al mundo. Tarata, el recordado 11 de Septiembre, Atocha en Madrid, y más recientemente las bombas en el transporte público Londinense, son crímenes inhumanos y reprochables en todo sentido.

Sin embargo, si bien no podemos aceptar estos crueles actos terroristas, sí podemos comprender las raíces de este extremismo, y el fanatismo de sus integrantes en destruir a todos aquellos que los tuvieron en el olvido durante todas sus vidas. No hay que ser ningún experto para darse cuenta de que un mundo más igual será un mundo menos violento. Un Perú con menos rencores y odio, será un Perú que finalmente podrá unirse a trabajar por su futuro. Una humanidad solidaria escogerá el diálogo y no las armas. ¿Idealista? Tal vez, pero no por eso deja de ser una posibilidad real. No porque todos hayamos dejado de creer se vuelve un imposible. La llave aún se esconde en nuestro interior. Tal vez para su condena, somos los dueños de este mundo. O prevenimos su muerte, o morirá olvidándonos cruelmente, como nosotros lo venimos haciendo con él hace tantos años.

No acepten lo habitual como cosa natural. Pues en tiempos de desorden sangriento, de confusión organizada y arbitrariedad conciente, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer imposible de cambiar.

Bertolt Brecht

No nos conformemos con un mundo de olvidados. Llenemos los cementerios de rosas, y carguemos la sonrisa de quienes se fueron.



RE ENCUADRES

Rescatamos, aquí, escenas y escenarios antes cotidianos, detalles que se resisten al olvido, capturados contra el tiempo.

Edición: Billy Hare

Anónimo (probablemente
Eugenio Courret)
Palacio de la Exposición,
Lima, siglo XIX





Anónimo
Locomotora accidentada,
Lima, siglo XIX



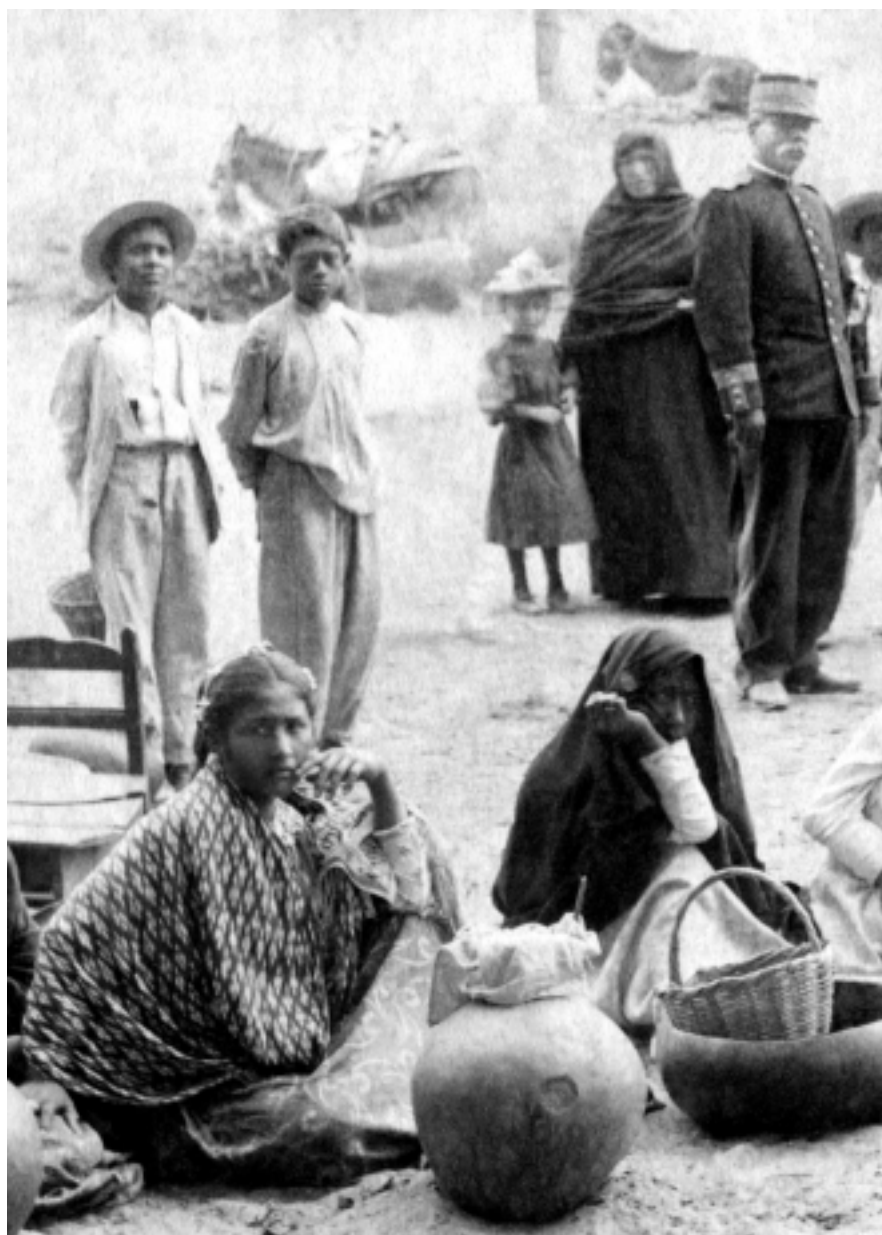
Anónimo
Campaña Electoral de
A.B. Leguía
Acora, Puno 1919



Villroy Richardson
Retrato de Grupo,
Lima. Circa 1860



Anónimo
La Guardia Civil
celebrando,
Lima. Circa 1920



Anónimo
Chicheras, Catacaos,
Piura. Circa 1900





Anónimo
Automóvil en evento,
Lima. Circa, 1900



Anónimo
Playa de Chorrillos,
Lima, siglo XIX





Charles Kroehle
Miembros de una
Tribu Amazónica
Circa, 1900



Anónimo
Campana por los
niños pobres, Lima
Circa 1990





Anónimo
Llamas, sierra de Lima
Siglo XIX



P.N. Montero
Plaza Ignacio Merino,
Piura. Circa 1990





Anónimo
Equipo de fútbol
Guardia Republicana,
Lima. Circa 1920